

playa los cañones de "Santa Teresa" dieran buena cuenta de ellos. El procedimiento quizás no fuera de buena ley, pero había que tratarlos como merecían: además, en la guerra, todo ardid es permitido.

Algunos grupos del pueblo que aún permanecían cerca de nosotros con cierta actitud hostil, al ver tomar estas disposiciones y que se habían situado centinelas avanzadas para que nadie pasara al campo enemigo, se fueron retirando silenciosamente; y media hora después no se veía un solo hombre en las calles y éramos dueños de la situación.

Una imprudencia del Jefe del Cuerpo Médico, hombre vicioso, de mal carácter y peores antecedentes, vino á resolver esta situación de una manera muy distinta á la que nosotros esperábamos.

Durante el tiempo que permanecimos combinando el plan de operaciones contra los insurrectos, el referido médico se encontraba en la pieza contigua á la en que deliberábamos, y cuya puerta de comunicación estaba cerrada: ese individuo ignoraba cuanto había pasado, pues dormía profundamente la *mona* de la noche anterior á la hora de los acontecimientos, y fué al recordar cuando oyó nuestra conversación quedando impuesto de todo. Entonces, en medio del aturdimiento y del sopor de la *crudeza*, y bajo la influencia de los últimos vapores alcohólicos, concibió el proyecto tan contraproducente para nosotros como peligroso para él, de ir á retar á los jefes del motín, haciendo alarde de un valor del que en su estado normal carecía en realidad, y poniéndolo en práctica sin que nadie se apercibiera de ello.

Nuestra sorpresa fué, pues, grande, cuando el vigilante que teníamos apostado en la torre de la iglesia dió la voz de alarma, anunciando que el enemigo se desprendía en masa del médano, y á media rienda se dirigía á la población. Nadie podía atinar á qué se debía atribuir aquella especie de sorpresa que se nos quería dar, pues aún no había terminado el plazo de la tregua; pero, á todo evento, la tropa se puso so-

bre las armas ocupando las posiciones que se le habían señalado, enmascarándose á la vez las dos piezas de artillería.

Una polvareda inmensa nos anunció la aproximación de los rebeldes, y pronto aparecieron por la derecha de nuestro frente, avanzando resueltamente con sus jefes á la cabeza, pero en desorden. Cuando las primeras filas llegaron á unos cuarenta metros, se desenmascaró la pieza que mandaba el sargento Aranda. La turba se contuvo haciéndose remolinos, y Guzmán avanzó casi hasta tocarla.

—¡En nombre del pueblo!—gritó con voz clara y fuerte—¡que se nos entregue esa pieza!

—Si el pueblo la quiere,—contestó el sargento—que venga á tomarla.

Guzmán alzó la rienda á su caballo para avanzar.

—¡Fuego!—mandó el oficial que permanecía á retaguardia, al lado del pelotón de artilleros.

Brilló el lanza-fuegos al acercarlo al estopín, el cual comenzó á chisporrotear, y..... el tiro no salió.

Empero la aparición inesperada de una pieza de artillería, la voz de mando fuertemente pronunciada y distintamente oída por los insurrectos, y el chisporroteo del estopín, produjeron su efecto: aquellos hombres huyeron atropellándose los unos á los otros, acobardados hasta el pánico; y si se hubiera mandado hacer fuego á la infantería el destrozo habría sido espantoso. La amilanada turba traspuso el médano á toda carrera, dispersándose después rumbo á la llanura, sin poderla perseguir porque no teníamos caballería de que disponer.

Así terminó aquella intentona que pudo haber costado serios trastornos á los mismos que mal aconsejados la llevaron á cabo, posponiendo la honra de la patria á resentimientos meramente personales. Sin embargo fué el origen de la tirante situación que desde entonces comenzamos á experimentar.

X

Todo había concluído.

El Jefe de Estado Mayor, de acuerdo con el nuevo Mayor de Ordenes, dispuso que se cubrieran todos los puestos de guardia que se habían abandonado dos días antes: los oficiales francos dieron un servicio extraordinario de ronda; la mitad de la fuerza disponible se estableció en los corredores de las casas que encuadran la Plaza de Armas, y se situaron vigilantes avanzados; todo para evitar una sorpresa posible durante la noche.

Esta se pasó tranquila, pero se respiraba una atmósfera sofocante, pesada: había un malestar general, y se presentía desde esa noche la pérdida de la plaza.

Al siguiente día dispuso Larragoiti que el despacho se hiciera en la Mayoría de Ordenes, y Gastañaga se trasladó á un rancho inmediato, de su propiedad, nombrado "El Mosquitero."

En cuanto al Comandante Zamudio, hombre leal, honrado y pundonoroso, avergonzado del triste papel que se le había querido hacer representar, pidió una licencia de dos meses para emprender un viaje á Campeche, á fin de introducir á la costa algunos artículos de comercio que escaseaban, forzando el bloqueo, que aunque de una manera irregular, habían establecido los franceses fuera del alcance de la batería de Santa Teresa.

Todo había concluído, es cierto, pero nos habíamos concitado la mala voluntad del pueblo; y un robo perpetrado la noche que la tropa estuvo alojada en el Palacio, descerrajando la carpeta del Secretario y llevándose algunos dineros, sin que se hubiera podido encontrar al autor del robo, hizo que á todos se nos tuviera por ladrones, en el concepto de la gente vulgar.

La asonada había abortado, es verdad, pero quedaba sembrada la semilla de la indisciplina y de la insubordinación, de

lo cual tuvimos la prueba más triste y patente dos días después, que se notaron síntomas muy serios y alarmantes de una sublevación en el cuartel de las compañías de Tlacotalpam, á las cuales fué preciso reducir al orden por medio de un alarde de fuerza, situando á la puerta de entrada las dos piezas de montaña cargadas á metralla, al mando del Teniente D. Valente Cruz, y hacerlas regresar, después de desarmarlas, al punto de su procedencia, en las altas horas de la noche.

Los resultados de esta asonada tuvieron aún más tristes consecuencias. El entusiasmo decayó por completo, cundiéndose rápidamente en todo el territorio ese malestar que en Alvarado se sentía, y notándose por todas partes movimientos muy significativos contra la conservación del orden y la obediencia al Gobierno de la República. La desertión en todos los centros principales aumentaba día á día, y en Alvarado apenas teníamos poco más de cien hombres en quienes se pudiera tener confianza.

Entonces resolvimos elevar una exposición de hechos á la Superioridad, y el Capitán de caballería D. Luis Oropeza fué el comisionado para conducirla á Jalapa, partiendo en los primeros días de Septiembre en que le fué concedido el *pase* para regresar á la 1.^a División del ejército de Oriente.

* * *

Bajo tales y tan poco halagüeños auspicios fué como llegó á relevar á Larragoiti el Coronel de caballería D. Mariano Lazcano, antiguo veterano del ejército de la República y hombre de toda la confianza de los Generales Zaragoza y Llave, que conocía palmo á palmo todo el territorio de Sotavento, en el que había prestado eminentes servicios durante la campaña de "Tres años." Lazcano llegaba investido con el carácter de "Jefe de la línea militar de Sotavento," y desde luego se ocupó de reorganizar todos los ramos de la administración pública, para lo cual poseía facultades y aptitudes poco co-

munes. De edad madura, de aspecto simpático, de un trato afable y correctamente cortés, se hacía querer de cuantos le conocían: á todos trataba con exquisita finura, y era muy conocido y estaba perfectamente relacionado, sobre todo en los Tuxtlas y Acayúcam: sólo era intransigente é inflexible en los asuntos del servicio público: tardó para tomar una resolución, porque siempre la hacía preceder de un estudio profundo, una vez tomada no era fácil que retrocediera.

Sus trabajos de reorganización fueron bruscamente interrumpidos, pues apenas comenzada tan laboriosa tarea, tres noches después se le presentaron D. Francisco Cabrera, Diputado á la Legislatura del Estado; D. Mariano Aguirre, Administrador de Rentas del Cantón de Acayúcam, y D. Cipriano García y D. Luis Rorete, acomodados agricultores de esa población, para participarle que tanto el Cantón de donde procedían como parte del de Minatitlán, habían alzado el estandarte de la rebelión, aprisionando y encarcelando al Comandante Militar D. Manuel Guerrero, impuesto por Larragoiti, á quien creían encontrar en Alvarado, pues hasta aquellos lugares aún no había llegado la noticia de su relevo. El movimiento tenía el carácter de local, y estaba capitaneado por un tal Sagredo, hombre de un valor á toda prueba, de antecedentes poco favorables, al decir de los recién llegados, é instrumento de personas influentes quisquillosas y turbulentas, mal avenidas siempre con todo principio de autoridad de cuya comunión estuvieran excluidos.

Preciso era restablecer el orden en aquellos puntos apartados del centro, de preferencia á todo lo demás que hubiera querido emprender, y á ese fin se encaminaron sus disposiciones, siendo la primera hacer marchar hacia allá al Capitán X..... cuya partida es el exordio de este "Recuerdo."

Conforme á las instrucciones reservadas de que era portador, Lazcano invitó á Larragoiti para que marchara al mismo Acayúcam, en cuya población residía su familia, despojado de todo mando en la línea de Sotavento; y en cuanto á Gas-

tañaga y á Allier, fueron dados de baja en el servicio, notificándosele al segundo que salía desterrado de la jurisdicción, bien apercibido de que, si veinticuatro horas después de notificado se le encontraba dentro de sus límites, sería pasado por las armas.¹

XII

Dos días después del en que hubo marchado para Tlaco-tálpam el Capitán X..... y ya reorganizado el servicio militar y hacendario en Alvarado, emprendió su marcha el nuevo Jefe de la línea de Sotavento con dirección á San Andrés Tuxtla, desde cuyo punto se prometía dirigir las operaciones contra los revoltosos de Acayúcam y de Minatitlán. El mando de la plaza quedó confiado al patriota y entusiasta Comandante de batallón D. José María Villalobos, á quien todos llamábamos por cariño *el tío Villa*, y como Mayor de Ordenes el del mismo empleo D. Joaquín G. Güido.

El enfriamiento patrio de los alvaradeños continuó tomando creces, y la deserción aumentaba, haciéndose más visible, por decirlo así, el descontento que allí reinaba exclusivamen-

¹ Gastañaga volvió al servicio llamado por el General García, de quien era amigo y paisano, y tuvo un fin trágico; pues en un viaje que hizo con el referido General á la Barra de Goatzacoalcos por asuntos del servicio, se empeñó tenazmente en ir á reconocer un buque que entraba en el río en momentos que el norte soplabá con verdadera furia. A pesar de que tanto García, empleando su autoridad, como los que lo acompañaban, hicieron todo empeño por que desistiera de tan descabellada idea, saltó á un *bengo*, y ya al llegar cerca del buque perdió el equilibrio y cayó al agua, sin que se supiera más de él.

Allier, respecto del cual circularon rumores de haberse unido al enemigo pocos días después de su destierro, apareció más tarde figurando su nombre en la lista de los condecorados con la "Cruz de 1ª clase," creada por el Congreso de la Nación, para los que combatieron sin descanso contra la Intervención y el Imperio. No sé en qué cuerpo de ejército serviría, pero es indudable que aquellos rumores fueron calumniosos, toda vez que fué distinguido con tan honrosa condecoración.

te en el pueblo, y la mala voluntad con que se prestaba á los pocos servicios que se le exigían.

En este estado de una tirantez irritante transcurrió el mes de Octubre y los primeros días de Noviembre; pero ya después del 8, cuando se tuvieron noticias exactas de que los franceses proyectaban una expedición por mar y tierra sobre la costa, las noticias alarmantes que circulaban á cada hora, determinaron una situación difícil y embarazosa para los defensores de las libertades patrias, y para los pocos hijos de Alvarado que con ellos habían hecho causa común.

El Comandante Villalobos carecía de instrucciones para este caso: los correos que enviaba de continuo al Coronel Lazcano no llegaban seguramente, puesto que no tenía noticias de él; y aunque los pliegos se enviaban por "cordillera," no se podía hacer responsable al individuo que los recibía en Alvarado: rumores á cual más siniestros venían á excitar más la atención pública, y como nunca se sabía de dónde nacían tales rumores, por más esfuerzos que la autoridad hacía para investigarlo, no era fácil apaciguar los ánimos, ni menos todavía apreciar la verdad de ellos.

El día 17 á eso de las seis de la tarde regresó de su expedición el Capitán X..... trayendo noticias satisfactorias del resultado de las operaciones contra los Cantones sublevados, é instrucciones reservadas para el Jefe de la plaza, dictadas *á priori* por el Coronel Lazcano, por lo que pudiera acontecer durante su ausencia, motivada por la necesidad que tenía de permanecer en los Tuxtlas, como el punto más céntrico y á propósito para atender al afianzamiento de la paz en los Cantones que acababan de ser sometidos por la fuerza de las armas.

No pudo desde luego comenzar á poner en práctica las instrucciones que traía, porque momentos antes que él había llegado el Comandante Carrau, autoridad militar de Tlalixcáyam, gravemente enfermo, en estado del todo desesperado de salvarlo, quien, por disposición de los oficiales que vivían

en el mismo alojamiento que el Capitán fué trasladado á él para atenderlo mejor. Desgraciadamente el Comandante Carrau falleció tres horas después de su arribo; y esto, y la fatiga y el cansancio de cuatro días con sus noches de viaje por el río, hicieron que por su parte también se retirara á descansar, velando á su amigo que acababa de morir.

El Comandante Villalobos, luego que supo su llegada, se apresuró á pasar á verlo; y tras la lectura de un pliego que le entregó:

—Cuando vd. guste, compañero,—le dijo con tono afable —podemos avisar á los Comandantes Güido y Enríquez, comprendidos en la disposición del señor Coronel, para determinar lo más conveniente; y cuanto antes, mejor, pues aquí estamos mal. Si nos arroja de hecho,—prosiguió con acento de cólera mal reprimida—lo estamos ya moralmente, pues nadie se presta ya para nada. Ni siquiera quieren vendernos pasturas para los caballos.

—Bien:—contestó el Capitán—mañana sepultaremos á nuestro amigo y compañero con todos los honores correspondientes á su empleo, y después del entierro, que será á las nueve de la mañana, según lo dispuesto por los facultativos, nos reuniremos en la Comandancia Militar. Entretanto,—continuó bajando la voz—al primero que propale una noticia alarmante, lo hará vd. reducir á prisión, dándome aviso. Es preciso desplegar mucha energía, pues á juzgar por lo que se me ha contado, las circunstancias son en extremo críticas. No dudo que el enemigo intente algo sobre Alvarado, como la llave de la costa; pero cuando sea un hecho, lo sabremos de una manera segura: recuerde vd. que tenemos agentes leales en Veracruz y en Medellín.

XIII

La muerte del Comandante Carrau fué muy sentida por sus compañeros de armas, en su mayor parte amigos y paisanos suyos.

Descendiente de una de las más antiguas y honorables familias de Veracruz, asuntos muy particulares lo llevaron á Tlalixcóyam, jurisdicción de Alvarado, donde vivió algunos años entregado á las labores del campo, dándose á querer de todos por su carácter, aunque serio y reservado, jovial dentro de los límites de la más perfecta caballería. Joven, de elevada estatura, siempre correcto en el vestir, era altamente simpático por su figura, por sus modales y por su esmerada educación. A la sazón que la escuadra española iniciaba los efectos de la Intervención tripartita, Carrau desempeñaba las funciones de Presidente del Ayuntamiento de Tlalixcóyam; y ya por esta causa, ya guiado por su patriotismo como mexicano, luego que la ocupación de Veracruz fué un hecho, excitó el amor patrio de los bravos tlalixcoyanos, quienes empuñaron las armas para defender el suelo que los vio nacer, con el mismo entusiasmo que sus antepasados abrazaron en masa la causa de la insurgencia para librarla de la dominación ibera.¹

Luego, cuando por las circunstancias se *militarizó* el país, Carrau fué investido con el carácter de Comandante militar de toda aquella región, que desempeñaba de una manera satisfactoria. Una penosa enfermedad se apoderó de él, y puesto en manos de uno de tantos charlatanes que ejercen la me-

¹ Fueron tlalixcoyanos los héroes de la famosa jornada del 29 de Junio de 1812, librada á la vista de Veracruz entre las tropas realistas y las independientes, y en la cual quedaron prisioneros todos los soldados españoles y los *chaquetones*, que escaparon al furor de los segundos. Según refiere la leyenda, un copioso aguacero que cayó al terminar esta jornada, hizo que corrieran en abundancia las mezquinas aguas de "El Caño del Fraile" tintas de la sangre de los que allí encontraron la muerte. Los insurgentes estaban mandados por los temibles Capitanes D. Félix Hernández y Juan Eslava ó Islava, y se batió á *machete limpio*, según la expresión gráfica del primero de estos jefes, á quienes conocí ya en las postrimerías de su vida. Esos prisioneros fueron los mismos que noblemente perdonó en Medellín el benemérito General D. NICOLAS BRAVO, y cuyo hecho no tiene igual en la historia de ningún pueblo del universo.

dicina á título de *curanderos*, pronto conoció que la muerte llegaba á pasos agigantados. Entonces se hizo trasladar á Alvarado, en busca del alivio á sus padecimientos, llegando minutos antes que el Capitán X..... Este, y sus amigos y compañeros lo atendieron eficazmente: los tres médicos que allí había fueron presurosos á asistirlo: era tarde; era inútil. Carrau era ya poco ménos que un cadáver, y tres horas después de su arribo, sus amigos le cerraron los ojos piadosamente para velarlo hasta el último momento.

Así fué. Los oficiales francos y algunas personas de la población con quienes llevó amistad, acompañaron el cadáver durante casi toda la noche, aumentando el número de los asistentes al entierro, que tuvo lugar al siguiente día entre diez y once de la mañana. Cuatro sargentos cargaron la urna, cubierta con el pabellón nacional; cuatro capitanes llevaban las bandas, y la compañía de "Reemplazos," única fuerza disponible que nos quedaba, cerraba el cortejo fúnebre, que presidían el Jefe de las armas en representación del Coronel Lazcano, y el Mayor de Ordenes de la línea militar. En los momentos de bajar el féretro á la fosa se le hizo la descarga de Ordenanza.

La comitiva se retiró triste y silenciosa; presentía que aquel compañero querido á quien habían acompañado hasta el último instante iba á quedar del todo abandonado en suelo hospitalario pero extraño, porque pronto lo abandonaríamos nosotros también, quizás para no volver más.

¡Duerme en paz, querido Enrique! El destino te privó de ver un día triunfante la bandera que juntos defendimos, pero también te ahorró la vergüenza de ver profanado el territorio que nos legaron nuestros mayores por un extranjero audaz, protegido por la infamia y la traición.

XIV

En las primeras horas de la mañana del 18, cuando aún no se despejaba del todo el horizonte, y el crepúsculo matutino

apenas iba cediendo á los pálidos rayos de un sol de invierno, Pomposo, el asistente del Capitán X..... se le acercó con pasos cautelosos, y de una manera apenas inteligible le dijo al oído:

—Mi Capitán, tratan de *cogernos* á todos.

—¡Cómo!—interrogó el Capitán también á media voz, y sin dar muestras de sorpresa alguna.

—Al ir á salir por la puerta que da al río, por las ruinas de la “Fábrica”—respondió el asistente—la encontré cerrada de firme: salí por la tienda, y he visto que esa y las demás puertas de la calle están *condenadas* por la parte de afuera. Ya las volví á abrir.

—Cuidado con hablar de esto con nadie, y mucha atención para ver si descubrimos á los que intentan encerrarnos. Vete. El asistente se marchó.

El Comandante Villalobos que sospechó algo de lo que se hablaba, se acercó á su vez al Capitán.

—¿Ocurre algo nuevo?—preguntó.

—Poca cosa.—Respondió aquél.—Salga vd., y á pretexto de dar las últimas órdenes para el entierro de Carrau, llévase á Enríquez y á Güido, y espérenme un momento en la Comandancia militar.

Villalobos y los oficiales antes designados salieron, no sin que los demás fijarán un tanto su atención: tal era el estado de alarma, que aun á lo más insignificante y común se le daba proporciones extraordinarias.

El Capitán X..... salió minutos después, ofreciendo volver con toda oportunidad para asistir al entierro en unión de los que antes habían salido.

—¿Qué pasa?—le preguntaron casi al mismo tiempo Villalobos y sus compañeros, luego que se entró á la Comandancia militar.

—Poco en la forma y mucho en el fondo—contestó.

Refirióles en seguida lo que le había comunicado su asistente.

—Como vdes. comprenderán,—prosiguió después—eso no pasa de una amenaza pueril y ridícula, propia, á lo más, para espantar niños, pero no para atemorizar hombres; es preciso, sin embargo no dormirse.

—Pues viene bien esto con la noticia que recibí hace un momento por una mujer, la cual dice que los franceses llegaron anoche á “Mondinga.”

—Eso no puede ser, y..... ¿dónde está esa mujer?

—Detenida.

—Haga vd. que venga.

Villalobos dió sus órdenes, y á poco se presentó una pobre ranchera toda trémula y acobardada. Se le interrogó sobre su dicho, y contestó que ella lo había sabido por un *zacatero* que venía del “Llano.” Se buscó al *zacatero* y momentos después fué también interrogado.

El resultado fué que el tal *zacatero* era uno de tantos malquerientes, que se ocupaba de esparcir noticias de sensación con el objeto de alarmar á la poca tropa que teníamos, y de esa manera prepararla á la deserción. Se le puso preso é incomunicado inmediatamente, no porque fuera preciso, sino para que sirviera de escarmiento á los propaladores de noticias falsas que tanto mal hacían.

—Ya es tiempo de obrar—continuó el Capitán cuando hubo desaparecido el preso—conforme á las instrucciones que tengo, y á las cuales se refiere el pliego que entregué á vd. anoche, señor Comandante; el compañero Enríquez debe partir inmediatamente para Tlacotalpam á hacerse cargo de aquella Comandancia Militar: Güido se hará cargo hoy mismo de la Mayoría de Ordenes de la línea: yo asumo el carácter de Jefe del Estado Mayor, y como tal, vd., compañero Villalobos, recibirá instrucciones por mi conducto, y hará ejecutar las que yo le comunique y tengo en calidad de reservadas. Aquí están los nombramientos respectivos,—agregó sacando unos pliegos cerrados, y entregándolos á sus compañeros,—y aquí el que me confiere el cargo de que he hecho mención.